

PRÓLOGO

Jerónimo de Cáncer es uno de los geniales segundones de nuestro teatro clásico. Dedicado fundamentalmente a la literatura festiva —poesía burlesca, comedias de disparates, entremeses y jácaras, etc.—, ha sido en exceso marginado, cuando no olvidado, por la crítica. De ahí que en la *Historia del teatro español* que me cupo el honor de dirigir, en 2003, para la editorial Gredos, consideré necesario que su nombre encabezara el capítulo consagrado a la comedia burlesca y del que se ocupó Carlos Mata Induráin¹. Asimismo, en la *Historia del teatro breve en España*, Pietro Taravacci escribió un estupendo trabajo sobre la faceta entremesil de nuestro autor². Además, al frente del Seminario de Estudios Teatrales, me ocupé de dirigir ya hace años la edición crítica de dos de sus comedias burlescas: *Las mocedades del Cid* —acaso la mejor del género— y *La muerte de Valdovinos*, una de las más atrevidas y transgresoras, hasta el punto de que mereció la censura inquisitorial en el siglo XVIII³.

Cáncer aplicó su ingenio a la chanza en una época que fue dorada para la burla, la que se corresponde con el reinado de Felipe IV, un monarca al que cierta tradición mostrenca ha menospreciado, hasta el punto de caracterizarlo como indolente y pasmado, pero que con el tiempo ha ido creciendo en la estimación

¹ C. Mata Induráin, “Cáncer y la comedia burlesca”, en J. Huerta Calvo (dir.), *Historia del teatro español*, vol. I, Madrid, Gredos, 2003, pp. 1069-1096.

² «Cáncer», en *Historia del teatro breve en España*, Javier Huerta Calvo (dir.), Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert (Teatro Breve Español, III, siglos XVI-XX), 2008, pp. 315-343.

³ “Edición de una comedia burlesca del siglo XVII: *Las mocedades del Cid*, de Jerónimo de Cáncer”, en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* 23 (1998), págs. 243-298; y “La comedia burlesca del siglo XVII: *La muerte de Valdovinos*, de Jerónimo de Cáncer (ed. y estudio)”, en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 25 (2000), pp. 101-164.

general. Recomiendo a este respecto la lectura de la muy reciente y documentada biografía de Alfredo Alvar⁴, así como la aproximación de Julio Vélez al entramado cortesano del monarca⁵, gran aficionado al teatro y, sobre todo, a las comediantas, pero verdaderamente grande por la protección que dispensó a artistas y literatos, entre ellos al propio Cáncer. En un romance dirigido «Al Rey nuestro Señor, pidiéndole una ayuda de costa», el poeta confiesa con su habitual desparpajo las necesidades materiales que lo acuciaban. Gracias a esa confesión sabemos que llegó a actuar en una de sus comedias de disparates, junto a los criados del rey, entre los que es probable figurara también alguno de sus bufones más histriónicos:

Yo me hice por vos gigante,
siendo muy chico de cuerpo,
que estando en vuestra presencia
era fuerza hallar mi aumento.
Gigante, Señor, me visteis,
y parece que había puesto
dos mil montes sobre montes,
según me llegaba al cielo.⁶

El autorretrato degradante, ya en lo físico, ya en lo moral, es propio del bufón. Aunque no lo fuera en puridad, Cáncer gusta de ponerse su traje y ejercer de chocarrero. Por ello, puede integrarse con todos los honores en la que el admirado maestro que fuera Francisco Márquez Villanueva llamó literatura del 'loco', típicamente española⁷, frente a otras de nuestro entorno, donde existe el personaje —llámese *fol* o *fou*, *clown* o *fool*, *nar*, *matto* o *pazzo*, etc.—, pero no se da el tipo de bufón escritor, como lo fue don Francés de Zúñiga, a quien se le debe la *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, o el todavía misterioso creador del *Estebanillo González*, o el loco don Amaro y sus sermones festivos en la Sevilla del xvii. A imitación de ellos, ciertos poetas adoptaron el rol del truhan para expresarse con la desinhibición y desvergüenza de aquellas sabandijas de corte. Ahí podríamos mencionar una larga nómina, que empezaría con Antón de Montoro, el ropero de Córdoba, y llegaría a nombres menores del siglo xvii como León Merchante, Suárez de Deza, Monteser y, desde luego y por encima de todos, Jerónimo de Cáncer.

⁴ *Felipe IV: el Grande*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

⁵ *El rey planeta*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2017.

⁶ Juan Carlos González Maya, *Jerónimo de Cáncer y Velasco. Poesía completa*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2007, p. 153.

⁷ Véase el monográfico que coordinó en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 34/2 (1986).

Ha de agradecerse por ello el esfuerzo que Juan Carlos González Maya, profesor de la Universidad de las Islas Baleares, lleva haciendo desde hace años por vindicar la figura de Cáncer en la literatura de burlas del Siglo de Oro. En 2000, bajo la dirección de dos apreciados colegas de aquella universidad, los profesores José Servera y Jaume Garau, presentó su tesis doctoral sobre su producción poética: una magnífica edición crítica que vio la luz siete años después en las prensas de la Fundación Universitaria Española. En ella apuntaba ya el autor a un posible nacimiento de Cáncer no en Barbastro, como se creía, sino en algún lugar de las Indias, idea que investigaciones posteriores han corroborado, encontrando su origen nada menos que en Isla Margarita⁸.

A pesar de haber escrito un buen número de piezas breves, Cáncer no estimó reunir las en colecciones de autor, a diferencia de colegas suyos como Luis Quiñones de Benavente, Manuel Coelho Rebelho, Gil López de Armesto o Vicente Suárez de Deza, de modo que casi todas ellas fueron a parar, luego de su muerte, a colecciones que debieron alcanzar notable popularidad, como *Laurel de entremeses* (1660), *Rasgos del ocio en diferentes bailes, entremeses y loas* (1664), *Flor de entremeses, bailes y loas* (1676), *Floresta de entremeses y rasgos del ocio* (1691), etc. González Maya reúne aquí doce entremeses, verdaderamente magistrales en cuanto al despliegue de esa comicidad verbal y escénica tan característica del teatro breve. Mención particular tienen los dos protagonizados por Juan Rana, el proverbial cómico que en sí mismo simboliza el mundo al revés del entremés. Al igual que Quiñones de Benavente, Avellaneda o Calderón de la Barca, Cáncer lo coloca en las situaciones más extremas e inverosímiles, como la de hacerlo pasar por mujer. Suscita la risa solo imaginar lo mucho que, en punto a la práctica de la *festivitas* oral, darían de sí los encuentros entre el poeta y el comediante, tan afines en el físico —dos retacos andantes— y, desde luego, en la vis cómica, respecto de la cual no estará de más un aviso para quienes navegan en las aguas turbias de la corrección política, esa nueva *Stultifera Navis* de nuestros días: los entremeses y las jácaras se acogen a una filosofía de la vida que se da de bruces con las modas, los modos y los modelos que hoy se propugnan: por ejemplo, la falsa tolerancia, en realidad, una nueva forma de intolerancia; por ejemplo, la incompreensión con que se contempla el pasado, fruto de un absurdo complejo de superioridad y de una mirada anacrónica, todo lo cual ha conducido a rescatar el espíritu inquisitorial so capa de un presunto progresismo; por ejemplo, la fobia hacia los grandes hechos de la historia y la cultura, ninguneados en nombre de vicisitudes banales e ilustres mediocridades. Que el autor de este libro haya de puntualizar, en su anotación al texto, sobre la posibilidad de

⁸ Elena Martínez Carro y Alejandro Rubio San Román, «Documentos sobre Jerónimo de Cáncer y Velasco», *Lectura y Signo*, 2, 2007, pp. 15-32.

que algún chiste o situación entremesil hiera la sensibilidad de los lectores indica a qué grado de censura y autocensura estamos llegando.

Por último, quisiera destacar el pulcro trabajo filológico llevado a cabo por el autor *En horas bajas para la Filología*, el concienzudo y riguroso trabajo de González Maya nos reconcilia con la disciplina, cada vez más arrinconada por los estudios de género, identidad y afines, que alienta la modernidad líquida (Baumann *dixit*) y la mencionada corrección política, a cuyos muchos defectos hay que sumar la carencia de cualquier sentido del humor, el mismo que rebosa, libre y gozosamente carnalesco, en los entremeses de Jerónimo de Cáncer.

JAVIER HUERTA
Catedrático del Instituto del Teatro de Madrid
(Universidad Complutense)
Director del Seminario Menéndez Pelayo
(Fundación Universitaria Española)

A MODO DE PRESENTACIÓN

Mi relación con la literatura de Cáncer y Velasco se remonta al año de finalización de la carrera, 1983, cuando decidí que mi memoria de investigación la iba a dedicar a su poesía. Desde entonces ha sido un nombre recurrente en mi línea investigadora. Una vez leída la tesis doctoral, una edición crítica de su poesía y prosa completas en febrero de 2000, y publicada en 2007, se sucedieron diversas entregas sobre su vejamen, la edición de algún entremés suelto, las jácaras a lo divino, poesías inéditas descubiertas o la entrada al *Diccionario filológico del Siglo de Oro*, donde se relacionaba toda su producción literaria conocida hasta ese momento. Fueron unos años de incansables visitas a archivos y bibliotecas (así, a la antigua) y de lucha en pos de que algún día vieran la luz. Y fue entonces cuando me introduje en el mundo del teatro breve con la publicación de una de las colecciones más interesantes de entremeses de todo el siglo XVII, los *Entremeses nuevos de diversos autores para honesta recreación* de 1643. Ello constituyó una excelente oportunidad para conocer y entender los mecanismos y las posibilidades de este tipo de entretenimientos, paso ineludible para el crecimiento de esta propuesta.

Desde entonces mi línea investigadora se trasladó a Bartolomé Jiménez Patón, del que ya han salido publicados algunos artículos y alguna monografía, pero siempre con el aliento de Cáncer detrás. El motivo fundamental, y vieja aspiración, seguía siendo la publicación de algunas piezas del género en el que más destacó: el entremés; pues consideraba un auténtico despropósito que en una época como la actual, donde se revisan y ponen al día tantas obras del teatro áureo, todavía no se dispusiera de un corpus representativo del teatro breve de uno de los ingenios más celebrados y representados de su tiempo. Es cierto que durante el pasado siglo han ido desgranándose en antologías varias, algunas

piezas suyas, pero todavía seguía faltando lo más importante, reunir las en un único formato con la aspiración de dar a conocer una obra representativa, unas inquietudes, una técnica o el contexto en el que fueron escritas. De ahí el valor de esta entrega.

La colección que ahora tiene el honor de presentarse al gran público es una muestra muy significativa de una forma de hacer teatro, a pesar de incluir piezas poco conocidas de su repertorio, y de no haber visto la luz desde el ya lejano siglo xvii. Algunas, como en el caso de *La regañona*, solo han circulado manuscritas. Ha sido un reto hacerlas brillar con todo su esplendor tal como ya lo hicieron en su tiempo. Además, el hecho de que nunca hayan circulado modernamente, pone de relieve el valor de su descubrimiento y la necesidad de su divulgación. De ahí el título de *Doce entremeses nuevos*.

No es intención de este estudio, por otro lado, extraer unas conclusiones generales de un reducido, aunque significativo, corpus de piezas por el riesgo que entraña este tipo de apreciaciones. El lector especializado las sabrá tomar en su justa medida, aunque hallará en ellas las fórmulas características del género entremesil.

En el estudio preliminar se ha intentado abarcar los fundamentos de la transmisión y de la representación. Desde los avatares de las piezas, sus fuentes y sus temas hasta elementos tan específicos como las acotaciones, los decorados, el vestuario o los espacios, pasando por las máscaras, la parodia lingüística, las estructuras típicas de este tipo de piezas o la métrica. La intención era escudriñar en todos los recovecos posibles del engranaje de este tipo de piezas, y extraer algunas conclusiones representativas de una forma de hacer teatro.

En cuanto a su trayectoria biográfica, se inicia esta con un pequeño recorrido diacrónico de la crítica para pasar, a continuación, a explicar sobre todo su perfil más relacionado con el teatro; sabedor de que tanto las biografías incluidas en las ediciones de su *Poesía completa* (González Maya, 2007) como de sus *Obras varias* (Rus Solera, 2005), ya eran bastante significativas, y tampoco era cuestión de repetir datos ya volcados. Desde este punto de vista, se ha reordenado su trayectoria en función de esa correlación, intentando poner al descubierto sus vínculos con una sociedad de amigos en la escena madrileña de la que fue un miembro muy activo, al menos, desde la celebración del primer certamen del Buen Retiro en 1637. Su participación en academias literarias, su inclusión en vejámenes varios o su escritura de comedias en colaboración, dan buena muestra de esta faceta.

Con esta edición se da un paso adelante en el conocimiento del arte entremesil de Cáncer y Velasco, pero todavía quedan retos pendientes. El teatro colaborado, otra de sus grandes especialidades, todavía está buscando su lugar en el mundo de las letras. Un análisis de conjunto de estas obras o la publicación

de alguna de ellas, serviría, sobre todo, para desmentir los tópicos vertidos tradicionalmente por una crítica poco rigurosa sobre su pereza, falta de inventiva o desaliño, al tiempo que pondría al día su técnica y su valor.

En fin, con el estudio y la edición de las piezas que ahora se presentan, más la poesía ya editada, se cubre un vacío inexplicable en la historia de nuestra literatura. Sirva ello para colocar a don Jerónimo de Cáncer y Velasco en el lugar que le ha hurtado el tiempo, el de uno de los pioneros del entremés moderno, junto a Quiñones de Benavente, Quevedo o Antonio Hurtado de Mendoza. Labor que luego proseguirían Bernardo de Quirós, Calderón o Moreto, entre otros.

No podemos terminar estas palabras liminares sin agradecer a Abraham Madroñal su fe en este proyecto. Solo gracias a su aliento y a su apoyo ha podido salir adelante un trabajo largamente codiciado. Y a Ignacio Arellano y a María José Martínez su lectura crítica; sus pertinentes observaciones han iluminado, pulido y redondeado el esfuerzo y la dedicación de quien firma estas líneas.

Puerto de Alcudía, octubre de 2018